

Muy próximo á la loma de Pozo, donde con 70 hombres se habia fortificado Robledo, recibió Belalcázar á los capitanes Pedro de Velasco y Sebastian de Ayala, los cuales venian de parte del Mariscal para arreglar definitivamente la paz. El Adelantado los detuvo y apresurando la marcha sorprendió á Robledo á la madrugada del día 1.º de octubre de 1546 y habiéndolo aherrojado, despues de un ligero Consejo lo condenó á muerte de garrote en compañía del comendador Rodríguez y de otros dos oficiales, y la sentencia se ejecutó el 5 de octubre.

La historia deplora el prematuro y triste fin de Robledo por ser de los menos crueles entre los conquistadores y haber procedido tímidamente en las medidas que, ya en sus relaciones con los indios, ya en las poblaciones de que fué fundador, tomó para la colonización del país. Y la credulidad é indiscreción le hicieron así el hablar cometer desatinos, y labraron su desgracia.

EL CARACTER.

POB. SAMUEL SURTES.

(Traducción de Venancio G. Manrique).

(Continuación).

"Nac queda," dijo, "un consuelo despues de nuestras inmensas é irreparables pérdidas: el de que los grandes hombres á quienes lloramos no están del todo perdidos para nosotros. Sus palabras serán citadas á menudo en esta Cámara; recordaremos su ejemplo, trataremos de seguirlo, y sus expresiones mismas harán parte de nuestras discusiones y de nuestros debates. Me atrevería á decir que ahora mismo hay algunos miembros del Parlamento que, aun cuando no ocupan aquí su puesto, pertenecen siempre á esta Cámara, y que están hoy al abrigo de la muerte, del capricho de los gobiernos, y hasta de la marcha del tiempo. Mr. Cobden es uno de ellos."

La gran lección que nos enseña la biografía, consiste en mostrarnos cuán bueno puede ser un hombre y cuánto bien puede hacer. Sirve para dar á los demás hombres nueva fuerza y nueva confianza: los más humildes, aun en presencia de los más grandes, pueden admirar, esperar y cobrar valor. Esos grandes, que son hermanos nuestros por la carne y por la sangre, que viven hoy una vida universal, nos hablan todavía desde el fondo de la tumba y nos llaman á los senderos que ellos recorrieron. Y es que la nobleza del carácter es un legado perpetuo, que subsiste de siglo en siglo y que tiende constantemente á reproducirse.

"El sabio," dicen los chinos, "enseña en todos los siglos. Al oír hablar de Leo, los necios se vuelven inteligentes, los indecisos, resueltos." Así, los actos de la vida de un hombre virtuoso siguen siendo como una especie de evangelio de libertad y de emancipación para los que vienen despues de él.

To live in hearts we leave behind
Is not to die.

Vivir en corazones que dejamos
De nosotros en pos, no, no es morir.

Las buenas máximas, los buenos ejemplos se perpetúan al traves de los siglos: penetran hasta el fondo de nuestro corazón, nos sostienen en el camino de la vida, y á menudo nos consuelan en la hora de la muerte. "La más miserable ó la más penosa de las muertes," dijo Henrique Marten; el republicano, que murió en una prisión, "no es nada en com-

paración del recuerdo que deja una vida bien empleada; y sólo es grande aquel que ha merecido el glorioso privilegio de transmitir tal lección y tal ejemplo á sus descendientes."

CAPITULO IV.

EL TRABAJO.

Levántate, pues, y manos á la obra, y el Señor estará contigo.

PARALIP. L. I., XXII, 16.

El hombre debe vivir ocupado, y su ocupación debe ser tan elevada como se le permita su fudelo; á fin de que pueda morir con la conciencia de haber hecho cuanto le ora dado hacer.

SYDNEY SMITH.

Si maldición de Dios fuera el trabajo,
Como de Dios la bendición sería!

J. B. SELSINK.

Nada sirve tanto para formar el carácter práctico, como el trabajo, porque él crea y regulariza la obediencia, la entereza, la aplicación y la perseverancia; y él le da al hombre destreza y habilidad en su profesión, es decir, la actitud y la inteligencia indispensables para el cumplimiento de los quehaceres de la vida.

El trabajo es la ley de nuestra existencia, el principio que impele hacia adelante á los hombres y á las naciones. La mayor parte de los hombres se ven forzados, para vivir, á trabajar con sus propias manos, pero todos, sin distinción deben ocuparse de un modo ú otro, si quieren gozar de la vida como se debe.

El trabajo es talvez una carga y un castigo, pero tambien es un honor y una gloria: sin él, nada puede hacerse. Todo cuanto hay más grande en el hombre, le viene por el trabajo, y producto de él es la civilización. Si fuese abolido el trabajo, la raza de Adán quedaría al punto herida de muerte moral.

Lo que sí es una maldición para el hombre, es la pereza, no el trabajo. La pereza corroe el corazón de los hombres como el orin consume el hierro. Cuando Alejandro conquistó á los persas, y tuvo ocasión de observar sus costumbres, notó que ellos no parecían imaginarse que hubiese nada más servil que una vida de placer, ni nada más regio que una vida de labor.

Hallándose el Emperador Severo en su lecho de muerte, en York, á donde le habían transportado desde el pié de los montes Grampios, la última voz de mando que dirigió á sus soldados fué: *Laboremus* [trabajemos]; y merced á un trabajo constante fué como los generales romanos conservaron su poder y dilataron su autoridad.

Al describir la condición social de Italia en tiempos remotos, Plinio nos manifiesta la dicha con que los generales triunfantes y sus soldados volvian á sus labranzas. "En aquellos días los generales mismos cultivaban los campos, y el terreno se regocijaba bajo una reja de arado coronada de laureles, y guiada por un labrador ilustre por sus triunfos." (1) Sólo cuando se les dió ocupación á

[1] En el capítulo tercero de su *Historia natural*, cuenta Plinio el alto honor en que era tenida la agricultura en los primeros tiempos de Roma. Las tierras se medían por la cantidad que podía labrar una yunta de bueyes en cierto espacio de tiempo; el *jugerum* [yugada] representaba el trabajo de un día; el *actus* [medida de tierra de 120 piés de largo por 4 de ancho], que podía hacerse de una sola tirada. La mayor recompensa que podía concedérsele á un general ó á un valiente ciudadano, era una *yugada*

135

PROYECTO DE INVESTIGACION:
LA PRACTICA PEDAGOGICA
DEL SIGLO XIX EN COLOMBIA

los esclava en todos los ramos de la industria, fué cuando el trabajo comenzó á ser considerado como deshonroso y servil. Y desde que la indolencia y el lujo llegaron á ser los caracteres dominantes de las clases elevadas de Roma, la caída más ó ménos inmediata del imperio se hizo inevitable.

Acaso hay en todo nuestro modo de ser una tendencia contra la cual debemos estar más prevenidos, que la pereza. Un dia tropezó Mr. Gurney con un extranjero inteligente, que habia viajado por la mayor parte del globo, y le preguntó si habia observado qué cualidad, más que otra alguna podia considerarse como signo distintivo de nuestra raza; y el extranjero le respondió en mal inglés: "Be tink dat all men love lanzy" (me parece que á todos los hombres les gusta ser perezosos). En efecto, esta es una de las cualidades que distinguen al salvaje como al déspota: es propio de la naturaleza humana el tratar de gozar de los frutos del trabajo, sin someterse á él. Y tan universal es este deseo, que de ahí deduce Jacobo Mill que para impedir que nos dejemos arrastrar por él, se para lo que desde el principio se inventaron los sistemas de gobierno.

La indolencia es degradante tanto para los individuos como para las naciones: ella nunca se ha abierto camino en el mundo, ni se lo abrirá jamás; ni ha estado los montes, ni se ha sobrepuesto á dificultades alguna cuando ha podido evitarla.

La indolencia ha fracasado siempre, y siempre habrá de fracasar en la vida; porque está en la naturaleza de las cosas que ella no triunfe jamás en cosa alguna. Es una carga, una mortificación, un fastidio siempre inútil, descontenta, melancólica y miserable.

Burton, en su libro tan curioso como original, el único dice Johnson, que le hacia dejar la cama dos horas antes de la acostumbrada—considera la pereza como base de las causas de la melancolía. "La pereza, dice, es azote del cuerpo y del alma, ampara de la maldad, madre de todo lo que hay de depravado en el mundo, uno de los siete pecados capitales, escabel del diablo, su almohada y su apoyo principal. . . . Si un perro ocioso se vuelve iracundo, cómo podrá conservarse sana una persona ociosa? La ociosidad del espíritu es mil veces peor que la ociosidad del cuerpo. El espíritu sin ocupación se convierte en una enfermedad, carcoma del alma, llaga, infierno de sí mismo. Así como en el agua estancada pululan los gusanos y los reptiles inmundos, así tambien se multiplican los pensamientos malos y corrompidos en una persona ociosa; el alma se ensucia.

... Más aún: me atreveria á asegurar que los que se dan á la ociosidad, sean hombres ó mujeres, sea cual fuere su posición; ora sean ricos, bien empannados, felices; ora tengan todo en abun-

Los pillos spollidos tuvieron su origen en la agricultura: Pilonum vino de *pilum*, pilon para moler el grano; Pison, de *piso*, mortero; Fabio, de *fabia*, haba; Lentulo, de *lens*, lenteja; Cicero, de *cicer*, garbanzo; Bululco, de *bos*, buey, &c. Llamar á alguien un agricultor ó buen labrador, se consideraba como la mas elevada cortesía. Apacientarse clandestinamente el ganado durante la noche en no sazonados pastos, era un crimen capital que se castigaba con la horca. Las tribus rurales llevaban la precedencia, en tanto que las de la ciudad estaban desahucadas, como se ve indolente. "Gloriam denique ipsam, á farris honore adorare spoliabant"; adorea ó gloria, recompensa del valor; viene de *hor* ó *ospita*, especie de trigo.

dancia, y cuanto dicha y cuanto ventura alcanza á desear el corazón, esos, digo, mientras permanezcan ociosos, jamás estarán satisfechos. Sufrirán siempre en el cuerpo ó en el alma; vivirán abatidos, enfermizos, aburridos, disgustados con todo; pasarán el tiempo en suspirar, en llorar, en lamentarse; el mundo entero les enojará, querrán huir de sí mismos ó morir, ó acaso se dejarán llevar de algún absurdo capricho."

Mucho más dice á este propósito el mismo Burton; y el tema y la moral de su libro se personifican en la sentencia con que termina:—"Sírivate esto de corolario y de conclusion: Si aspiras á preservar tu propia felicidad, la salud de tu alma y la de tu cuerpo, contra la melancolía, acuérdate que no debes entregarte á la soledad y á la pereza.—No vivas solitario, no vivas ocioso."

Verdad es que los indolentes jamás lo son del todo. Por más que el cuerpo esquite el trabajo, el cerebro nunca reposa; y si en él no brota la mies, nacerá el cardo, que se cria á cada paso durante toda la vida del hombre perezoso. Los espectros de la indolencia se alzan en la noche, se encaran con el cobarde, y le atormentan sin tregua:

*The gods are just and pleasant vices
Make instruments to scourge us.
Justiceros los dioses nos castigan
Con nuestros propios vicios pre dilectos.*

La verdadera felicidad no se encuentra jamás en el entorpecimiento de las facultades (1), sino en la actividad y en la sabia aplicacion de ellas. Lo que aniquila es la indolencia, y no la acción, porque en esta, por el contrario, se encuentran la vida, la salud, la felicidad. El espíritu puede fatigarse, y hasta desfallecer con el trabajo, pero lo que la pereza produce en él, es una verdadera devastacion. De ahí el que un habilísimo médico considerase la ocupacion como uno de los remedios más eficaces. "Nada es más pernicioso—decia el doctor Fall—que el tiempo desocupado." Un arzobispo de Maguncia comparaba el corazón humano á una rueda de molino; que, si se le pone grano, lo convierte en harina; pero, si no se le pone grano, sigue moliendo siempre y se gasta á sí misma.

La indolencia siempre encuentra disculpas, y el haragan, aunque poco inclinado á trabajar, suele ser enérgico sofista. Para él todo camino es *intransitable*, toda dificultad, *invencible*, no hay suerte que no le sea *contraria*, ni proyecto que no *fracase*. En respuesta á tal sofisma, sir Samuel Romilly escribió una vez á un jóven: "El ataque que dirigí á tu indolencia, á tu pérdida de tiempo, &c. fué de veras serio, y creo firmemente que á la costumbre que tienes de evitarte toda incomodidad es á lo que deben atribuirse los singulares argumentos que empleas en tu defensa. Tu teoría es esta: cada uno de los hombres hace todo el bien que puede hacer. Si acaso un individuo no hace bien alguno, es pueba de que es incapaz de hacerlo. Luego, porque no escribes, hay que inferir que no puedes escribir, y tu falta de inclinacion muestra tu falta de talento. Qué admirable sistema, y qué saludables efectos produciria si fuera universalmente admitido!"

[1] Un rasgo característico de los hindús, es que consideran la completa inacción como el estado mas perfecto, y que llaman al Ser supremo: el *Inmutable*.

Háse dicho con razón que el desco de poseer, sin tomarse el trabajo de adquirir, es indicio de debilidad, mientras que el gran secreto de la fuerza práctica consiste en reconocer que todo lo que merece ser poseído no se obtiene sino á gran precio. El ocio mismo no puede ser un goce si no se alcanza á trueque de algún esfuerzo: ha de ser premio al trabajo, para que sea suficientemente pagado (1).

Debe haber trabajo ántes y trabajo despues, con ocio en el intervalo para reposar; pero el ocio sin trabajo se hace tan insípido como la saciedad. La vida debe necesariamente producirle el mismo asfio al hombre rico y ocioso que al hombre pobre y perezoso que no tiene trabajo, ó que, si lo tiene, no quiere hacerlo. Las palabras que se encontraron marcadas en el brazo derecho de un mendigo sentimental de cuarenta años, que sufría su octava condena en la prision de Burges, podian ser adoptadas como divisa por todos los holgazanes: "El pasado me ha engañado; el presente me atormenta; el porvenir me espanta."

La laboriosidad es un deber que se aplica á todas las clases y á todas las condiciones de la sociedad. Cada uno en su esfera tiene su trabajo que hacer, así el rico como el pobre (2). El caballero de nacimiento y de educacion, por mucho que abunde en bienes de fortuna, no podrá ménos de sentir que está obligado, en conciencia, á contribuir con su cuota de esfuerzos al bienestar general de que él participa. No puede bastarle estar bien alimentado y bien vestido por el trabajo de los deinas, sin dar algo en retorno á la sociedad que le mantiene. Un hombre honrado y digno se rebelaría contra la idea de concurrir á un banquete y participar de él, para irse en seguida sin pagar su escote. No es honor ni privilegio el ser uno perezoso é inútil; y aún cuando baste á naturaleza mezquinas no hacer otra cosa en el mundo, que consumir, *frages consumere nati*, los hombres más generosamente dotados, cuyas aspiraciones son varoniles y cuyas miras son honradas, com-

(1) Tan convencido estaba Lessing de que toda satisfaccion sentimental le era fatal al hombre, que se atrevió á decir: "Si el Todopoderoso, con la verdad en una mano, y la averiguacion de la verdad en la otra, me dijese: 'Escoge, yo te responderé: 'Guarda, ¡oh! Todopoderoso, la verdad para tí, y déjame á mí la averiguacion de ella, que para mí es mejor.' Por otra parte, Bossuet decía: "Si yo concibiese una naturaleza puramente inteligente, me parece que yo no le añadiría sino oír y amar la verdad, y que eso solo la haría feliz."

(2) El difunto sir Juan Pattenon, cuando tenía ya setenta años concurrió á una comida que se daba con motivo de un concurso anual de arados, en Feniton, Devonshire, y en ella lo pareció oportuno combatir la idea demasiado general de que, porque un hombre no trabaja con las manos ó con los músculos, no merece el título de trabajador. "Al recorrer en mi memoria muchas reuniones semejantes á ésta, dijo, recuerdo que un día mi amigo Juan Pyle casi me enrostró que yo no había trabajado para nada; pero yo le repliqué: señor Pyle, usted no sabe lo que dice. Todos somos obreros. El hombre que labra los campos y abra las zanjas es obrero, pero también los hay en todas las condiciones de la vida. En cuanto á mí, sé decirle que no he dejado de trabajar desde mi infancia.—Añadí luego que las funciones de juez nada de prebenda tenían, por cuanto no es ménos penosa la labor de un juez que la de cualquier campesino. En efecto, él tiene que estudiar cuestiones bien arduas que de continuo se le presentan y que ocasionan no poco trabajo; como que algunas veces está en sus manos la vida de sus semejantes, que dependo de la manera como él exponga los hechos al jurado. Y á fe que no es éste asunto de poca monta; porque, piense cada uno como guste, todo hombre que ha estado sometido á esta prueba, en un tiempo tan largo como lo he estado yo, no podrá ménos de apreciar cuan importante sea la gravedad del poder de que se halla investido un juez."

prenderán que semejante condición es incompatible con el verdadero honor y con la verdadera dignidad.

"No creo—decía en Glasgow lord Stanley (luego conde de Derby)—que un hombre sin empleo, por amable y por respetable que haya sido, ó pueda serlo, sea realmente feliz. Pues que el trabajo hace parte de nuestra existencia, mostradme lo que haceis y yo os mostraré lo que sois. He hablado del amor al trabajo como del mejor antídoto contra las inclinaciones bajas y viciosas. Todavía iré mas léjos, y diré que es también el mejor preservativo contra las inquietudes pueriles y contra todas las desazones que provienen del exagerado amor de nosotros mismos. Gentes ha habido que imaginaron que podian encontrar un refugio contra los pesares y las contrariedades atrincherándose, como si dijéramos, en un mundo suyo propio. Muchas veces se ha hecho esta experiencia, y siempre con igual resultado. No podemos librarnos de las inquietudes y del trabajo, porque ese es el destino de la humanidad. . . . Los que temen arrostrar los pesares, están casi seguros de que han de sobrevenirles los pesares. Los indolentes pueden ingeniar para disminuir su parte de labor en el trabajo del mundo; pero la naturaleza, al proporcionar el instinto del trabajo, se ingenia á su vez para que esa pequeña parte les parezca á los perezosos muy grande y muy pesada. El hombre que solo tiene que complacerse á sí mismo, acaba por descubrir tarde ó temprano, y acaso mas pronto de lo que pudiera desear, que tiene un amo muy duro; y la excesiva debilidad, que hace retroceder ante toda responsabilidad, tiene también su propio castigo; porque, quedando excluidos los grandes intereses, las cosas pequeñas se hacen capitales, y el espíritu se gasta y se consume en el tedio pueril é imaginario que germina y se desarrolla en un cerebro desocupado, en tanto que pudo haberse empleado útil y saludablemente en provecho de los verdaderos intereses de la vida."

Aun colocándonos en el terreno más ínfimo, el de los goces personales, nos es necesaria una ocupacion útil y constante. El que no trabaja no puede gozar de la recompensa del trabajo. "Dormimos bien—decía sir Walter Scott—si en nuestras horas de vigilia estamos ocupados; es indispensable que tengamos conciencia de haber hecho algún esfuerzo, para que experimentemos el bienestar del ocio, aún cuando lo hayamos ganado por el estudio, ó aún cuando haya sido sancionado por el cumplimiento del deber."

Verdad es que hay hombres que mueren por exceso de trabajo, pero hay muchos más que mueren de egoísmo, de debilidad y de pereza. Cuando un hombre deseca por exceso de trabajo, es casi siempre porque no ha sabido arreglar su vida, y porque ha descuidado las condiciones ordinarias de la salubridad física. Lord Stanley tenía probablemente razón cuando decía en su discurso á los estudiantes de Glasgow, que dudaba mucho que un "trabajo rudo, asiduo y regularmente dirigido, hubiese jamás hecho daño á nadie."

Por otra parte, lo largo de los años no prueba lo largo de la vida. La vida de un hombre deba medirse por lo que él hace y por lo que él siente.

Quanto más trabajo útil produzca, cuanto más piense y cuanto más sienta, tanto más vive realmente. El hombre ocioso ó inútil, sea cual fuere lo largo de su existencia, no vive, sino vegeta.

Los primeros apóstoles del cristianismo ennoblecieron con su ejemplo la ley del trabajo. "El que no quiera trabajar—dice San Pablo—tampoco comerá," y se gloriaba de haber trabajado con sus manos y de no haber vivido jamás á espensas de nadie. Cuando San Bonifacio desembarcó en Bretaña, llegó con el Evangelio en una mano y una regla de carpintero en la otra; de Inglaterra, pasó á Alemania, á donde introdujo el arte de construir. Los hombres que, ya por una razón ya por otra, se han hecho célebres y que han ejercido mayor influencia en su país, han sido todos grandes trabajadores. Lutero no esquivaba ninguna clase de trabajo para ganar el pan: fué jardinero, constructor, y hasta relojero.

Un rasgo característico de Napoleón, siempre que veía algún nuevo producto de la industria, era el gran respeto que manifestaba al inventor de él, saludándole, al despedirse, con muestras de acatamiento. Estando un día en Santa Helena paseándose con Mme. Balcombe, pasaron por cerca de ellos unos criados que llevaban una carga pesada. La señora les ordenó, en tono colérico, que se alejasen, pero Napoleón intervino, diciendo: "Respetad su carga, señora." Hasta la baja y penosa ocupación del peon más humilde constituye el bienestar general de la sociedad, y un emperador chino muy sabiamente dijo que, "si hubiese un solo hombre que no trabajase, ó una sola mujer que fuese perezosa, siempre habría alguno en el Imperio que sufriría de frío ó de hambre."

El habituarse á una ocupación constante y útil es, tanto para la mujer como para el hombre, una condición esencial de felicidad y de bienestar. Sin eso, las mujeres están constantemente sujetas á la melancolía y á las dolencias nerviosas. Carolina Perthes advierte cariñosamente á su hija casada Luisa, que procure evitar semejante escollo. "Yo misma—le dice—cuando suelen salir los niños á paseo, me quedo tan triste como un buho á medio día; pero no hay que ceder á esta disposición, que ataca más ó menos á todas las jóvenes. El mejor medio es el trabajo emprendido con interés y aplicación. Trabaja, pues, constante y asiduamente en cualquier cosa; porque la pereza, como con sobrada verdad dice tu abuelo, es el lazo del diablo, tanto para los pequeños como para los grandes."

La ocupación constante y útil es, pues, saludable no solamente para el cuerpo, sino también para el alma. Mientras el holgazán se arrastra indolentemente en la carrera de la vida, y mientras la parte mejor de su naturaleza yace en profundo sueño, si no es que está ya muerta moral y espiritualmente, el hombre enérgico, por el contrario, es un vencedor de actividad y satisfacción para aquellos que se encuentran en el radio de su influencia. La más humilde ocupación vale más que la ociosidad. Hablando de sir Francisco Drake, que se crió y creció en la marina, y á quien su patrón hacía trabajar á porfía, dice Fuller, "que todo lo que había trabajado en su juventud, y la paciencia que había te-

nido, habían ajustado las coyunturas de su alma y las habían hecho más sólidas y más compactas."

Schiller solía decir que él consideraba como una gran ventaja el tener que llenar todos los días algún deber mecánico, algún trabajo regular que haga necesaria una aplicación sostenida.

Millares de individuos pueden afirmar la verdad de lo que decía el pintor Grenze, que el trabajo,—una ocupación útil,—el buen empleo del tiempo,—son uno de los grandes secretos de la felicidad. Casambon, á instancias de sus amigos, convino una vez en entregarse á un descanso completo, pero hubo de volver á sus quehaceres convencido de que le era más fácil soportar su enfermedad haciendo algo, que no haciendo nada.

Cuando Carlos Lamb se vió redimido del todo de su humilde trabajo de escritorio en la oficina de las Indias, se creyó el más feliz de los hombres. "No volvería á mi prisión—decía á un amigo suyo—por diez años más, aun cuando me dicesen diez mil libras." También escribía á Bernardo Barton, con igual entusiasmo: "No tengo casi cabeza ni para poner una carta. Estoy libre! libre como el aire! Todavía alcanzaré á vivir cincuenta años.

.... Si pudiera venderos uno de mis ratos de ocio! Positivamente, lo mejor que un hombre puede hacer, es—no hacer nada; y acaso, despues, buenas obras." Dos años,—dos largos y fastidiosos años transcurrieron, y ya los sentimientos de Carlos Lamb habían sufrido una transformación completa. Descubrió entonces que la rutina obligada, la tarea diaria, el trabajo oficial, por abrumador que fuese, le habían aprovechado sin que él pudiese comprenderlo. El tiempo, amigo suyo en época pasada, se había convertido en enemigo suyo. Entonces volvió á escribirle á Bernardo Barton: "Os aseguro que es mil veces peor no trabajar del todo, que trabajar demasiado. El espíritu vive de sí mismo, y ese es el peor de los alimentos. He llegado á no inquietarme por nada.... Jamás las aguas del cielo cayeron sobre una cabeza más miserable. Lo único que puedo hacer hasta rendirme,—es caminar. Soy un sanguinario verdugo del tiempo. Pero el oráculo calla."